LIBRO DE HECHOS

Lección 43, Capítulo 19

La semana pasada apenas comenzamos el capítulo 19 de Hechos porque se nos acabó el tiempo. Hoy tenemos mucho que analizar a partir de lo escrito en este capítulo, asuntos que quizá muchos de nosotros nunca hemos considerado.

La importancia histórica de este capítulo es que, como lo expresa Darrell Bock, relata la última etapa de los viajes misioneros de Pablo por el mundo grecorromano. Pablo visita principalmente lugares donde ya había estado y donde había establecido a cierto número de creyentes judíos y gentiles. Pero, a medida que la confianza en Yeshúa comienza a arraigarse en tierras extranjeras, vemos una polarización cada vez mayor entre quienes aceptan la verdad del evangelio que Pablo enseña y quienes la rechazan. Esa polarización provoca no solo discordia, sino también división y separación. Es una ironía fascinante que el judaísmo y cristianismo institucionales tengan como objetivo declarado la unidad, casi a cualquier precio. Sin embargo, el Dios al que adoramos desea, en esencia, dividir, elegir y separar. La sinagoga y la iglesia no quieren aventar la cosecha para separar el trigo de la paja; más bien, buscan maneras de mantenerlos unidos. Nuestro Señor exige constantemente a sus verdaderos seguidores: «sepárense». Así que la división y separación conflictivas que estamos leyendo son, en realidad, parte del plan de Dios, que muchas personas se resisten enérgicamente a aceptar.

Cuando algo tan nuevo e impactante como el evangelio de Cristo comienza a arraigarse, puede adoptar diversas formas, muchas de ellas no previstas, especialmente cuando los líderes fundadores no están presentes para mantener las cosas en el rumbo correcto. O, como vemos al comienzo del capítulo 19, las personas reciben información parcial sobre Yeshúa y las Buenas Nuevas y actúan basándose en ella, sin darse cuenta de que necesitan saber mucho más para tener una visión completa y precisa. Por eso, en Hechos 19:2-7 nos sorprende encontrar a varios nuevos creyentes en Éfeso que Pablo conoce y que no tenían idea de que el Espíritu Santo debía ser una parte integral de su experiencia de fe. De

hecho, Lucas dice que algunos afirmaban no haber oído hablar nunca del Espíritu Santo. Me veo obligado a suponer que estos nuevos creyentes eran gentiles, pues los judíos ciertamente habrían conocido al menos la existencia de la **Ruaj HaKodesh,** aunque no entendieran qué papel desempeñaba en su salvación.

Esto destaca varios asuntos fundamentales de la fe, así que repasémoslos. La explicación de esta ignorancia acerca del Espíritu Santo es que estos nuevos creyentes habían sido sumergidos en el bautismo de Juan, pero no en el bautismo de Jesús. Hablar de ser bautizado en una persona determinada es una expresión cultural hebrea común. Lo interesante es que la utilicen gentiles extranjeros. Estos gentiles tuvieron que aprender acerca de El Camino por medio de judíos en las sinagogas; por eso, los términos y expresiones que aprendieron para explicar su nueva fe serían naturalmente hebreos, pues estos conceptos no existían fuera del judaísmo. Esto demuestra lo engañoso que es llamar «cristianos» a quienes seguían a Yeshúa en tiempos de Pablo o decir que la religión que seguían se llamaba «cristianismo». La Iglesia suele presentar al judaísmo como el villano que se opone al cristianismo, como si el judaísmo fuera una religión para judíos y el cristianismo una religión para gentiles. Con el tiempo, así se organizarían las cosas, pero todavía no en el período de Hechos. Ni siquiera deberíamos buscar esa idea en el Nuevo Testamento, porque no aparece allí. El cristianismo como institución religiosa separada, con nombre propio y dirigida por gentiles, no apareció hasta después de finales de la década del 90 d. C. El Camino, compuesto por judíos y gentiles, seguía siendo dirigido por judíos, se reunía principalmente en sinagogas y era considerado dentro del judaísmo una secta del judaísmo; los gentiles ajenos también lo veían así. Por eso, cuando comenzaron las persecuciones contra El Camino, se consideraban persecuciones contra los judíos y el judaísmo. Culturalmente, todas las corrientes del judaísmo parecían más o menos iguales a los gentiles. Es algo parecido al islam en nuestros días: aunque dentro del islam existen distinciones entre sus ramas, la mayoría de los no musulmanes no comprende esos matices y tiende a agruparlas bajo una sola identidad. Esa era una etapa parecida a la que había alcanzado la adoración de Yeshúa en Hechos 19.

El segundo asunto de este pequeño grupo de nuevos creyentes de Éfeso se relacionaba con haber sido sumergidos en Juan, pero no en Cristo. No se trata de oponer a uno contra el otro, como si debieran elegir un nombre y rechazar el otro. Más bien, no comprendían que el bautismo de Juan NO era, en sí mismo, para la salvación, sino una preparación para ser salvos. El concepto bíblico de la inmersión implicaba que una persona asumía las cualidades de aquello en lo que era sumergida. Ser sumergido en Juan significaba absorber las cualidades que Juan predicaba y representaba. Juan no era el Salvador; era el profeta que anunciaba que el Salvador estaba a punto de revelarse. Para prepararse, el primer paso era arrepentirse de los pecados. Cuando el Salvador se manifestara, la persona estaría preparada para el segundo paso: aceptar la salvación en el nombre de Yeshúa. Aunque ahora el bautismo requerido es una sola inmersión y no dos, no podemos buscar la salvación sin reconocer primero nuestros pecados y arrepentirnos de ellos. Pero ¿cómo arrepentirnos si no sabemos que hacemos algo malo? ¿Cómo saber qué es pecado? Los judíos generalmente lo sabían, aunque ese conocimiento se había diluido mucho en la diáspora; ¿pero qué ocurría con los gentiles?

CJB

1 Juan 3:4 Todo el que sigue pecando viola la Torá; de hecho, el pecado es la violación de la Torá.

¿Qué es el pecado? El apóstol Juan lo dice claramente: es quebrantar la Torá. Para quienes son relativamente nuevos en las raíces hebreas, también citaré la Biblia King James.

KJV

1 Juan 3:4 Todo el que comete pecado también transgrede la ley, porque el pecado es la transgresión de la ley.

La definición de pecado en el Nuevo Testamento es la misma que en el Antiguo Testamento: violar la Ley. ¿Qué ley? ¿La ley romana? Evidentemente, no. Es la única ley que existe en la Biblia: la Ley de Moisés. El apóstol Juan escribió estas palabras décadas después de la época de Cristo, así que claramente seguía considerando la Ley como el estándar para definir el pecado. Volveremos a esto en un momento.

Hechos 19 también señala que no podemos aceptar a Cristo como Salvador y esperar que eso sea eficaz mientras no nos arrepintamos de nuestros pecados; y lo contrario también es cierto. No podemos arrepentirnos sin aceptar a Cristo como Salvador y aun así ser salvos. El arrepentimiento por sí solo no salva: es reconocer el pecado, pero Dios exige que esos pecados sean pagados. Decidir ser una mejor persona y no volver a pecar, aunque necesario, no salva. Se necesitan AMBAS cosas: arrepentimiento y confianza en Cristo como expiación por nuestros pecados, idealmente en el orden correcto. ¿Es esta la doctrina de Tom Bradford o una doctrina de las raíces hebreas? De ninguna manera.

1 CORINTIOS 6:9-11, CJB

9 ¿No saben que las personas injustas no tendrán parte en el Reino de Dios? No se engañen: quienes tienen relaciones sexuales fuera del matrimonio, adoran ídolos, tienen relaciones sexuales con alguien que no es su cónyuge, practican la homosexualidad activa o pasiva,

10 quienes roban, son avaros, se emborrachan, insultan a otros con desprecio o estafan, ninguno de ellos tendrá parte en el Reino de Dios.

11 Algunos de ustedes antes hacían estas cosas. Pero han sido limpiados, apartados para Dios y considerados justos por el poder del Señor Yeshúa el Mesías y el Espíritu de nuestro Dios.

Observen que este pasaje NO dice que, si alguna vez han hecho alguna de estas cosas prohibidas o se han identificado con ellas, quedan excluidos para siempre del Reino de Dios. Pablo dice: «Algunos de ustedes ANTES hacían estas cosas, pero han sido limpiados…». Está describiendo el arrepentimiento, que no es simplemente un proceso mental o una admisión de la conciencia; significa dejar de hacer activamente lo malo para comenzar a hacer lo correcto. Una persona no puede seguir practicando las cosas que Pablo enumera y al mismo tiempo invocar a Cristo y considerarse salva. Primero el arrepentimiento, después la salvación en Yeshúa. Sin arrepentimiento, no hay salvación. Aunque no te hayas arrepentido, eso no significa que no puedas creer sinceramente que Yeshúa vivió, hizo lo que hizo y dijo lo que dijo. Puedes insistir en

que «crees» en Cristo; pero si sigues abrazando esos pecados y te niegas a reconocerlos como tales y a arrepentirte, probablemente no eres salvo. Como dijo Pablo: «No se engañen» pensando que son salvos si no se han arrepentido.

Permítanme matizar esto un poco más. Podemos arrepentirnos sinceramente de todos nuestros pecados, aceptar sinceramente a Cristo por quien es y ser salvos. Pero también podemos volver a cometer algunos de esos mismos pecados después de ser salvos; de hecho, creo que la mayoría de los creyentes lo hace. ¿Seguimos siendo salvos en ese caso? La cuestión es reconocer esos actos como pecado y no defenderlos como si estuvieran bien. En nuestra debilidad, a veces fallamos como creyentes y debemos reconocerlo. La realidad es que esto también forma parte de aquello por lo que murió el Mesías, igual que los pecados que cometimos antes de confiar en Él.

Ahora abordaré lo que quizá sea el asunto más polémico y delicado de este tema en nuestra época: la salvación y la inmoralidad sexual. Aunque no puedo ocupar el lugar de Dios para juzgar a nadie, según lo que las Escrituras dicen claramente, una persona homosexual que no se **arrepiente** no puede ser salva. No se puede celebrar lo que el Señor llama inmoralidad sexual y abominación ante Él y, aun así, esperar la vida eterna con Dios. ¿Puede salvarse una persona que antes practicaba la homosexualidad u otras formas de inmoralidad sexual, pero que ahora renuncia a ellas? ¡Sí! ¿Puede esa misma persona recaer, cometer un acto grave de pecado sexual, arrodillarse ante Dios, reconocer su pecado y pedir ayuda para dejar de cometerlo, y seguir siendo salva? ¡Sí! Pablo enumeró muchos otros pecados además de los sexuales de los que debemos arrepentirnos para pertenecer al Reino de Dios. Sin embargo, debido al deterioro del cristianismo moderno y de algunas corrientes del judaísmo, muchas denominaciones aceptan ahora la homosexualidad y otras conductas sexuales que la Biblia define como desviaciones, como si fueran aceptables a los ojos de Dios, e incluso las presentan como buenas, normales y morales. Por eso, este es un asunto especialmente visible para los creyentes de comienzos del siglo XXI y debe ser reprendido, no solo por la salud de la comunidad de creyentes, sino también por las personas engañadas que creen estar en paz con Dios mientras siguen practicando la inmoralidad sexual. Puede que se sientan seguras, pero en realidad

están en el mayor peligro eterno; y mucho de esto se debe a sectores de la Iglesia más interesados en la tolerancia humana y en lograr mayor aceptación del mundo que en la verdad divina.

Hermanos y hermanas, quienes hemos recibido la responsabilidad de dirigir el Cuerpo de Cristo les hemos fallado durante mucho tiempo. Se nos encargó enseñarles la Palabra de Dios y ayudarles a obedecerla, pero no lo hemos hecho con suficiente firmeza. Es culpa nuestra que el mundo se esté desmoronando por toda clase de inmoralidad sexual, porque no hemos tenido el valor de hablar con valentía en contra de ella. Debemos custodiar y proteger la Palabra de Dios, pues Él nos apartó precisamente para ese propósito. Cuando no nos preocupamos por conocer la Palabra de Dios o cedemos ante las presiones sociales, disminuye enormemente toda esperanza de que la sociedad secular, e incluso el pueblo de Dios, recuerde y obedezca su Palabra. El arrepentimiento de los pecados es obligatorio antes de que podamos ser salvos en el Mesías Yeshúa. No podemos decidir por nuestra cuenta qué es pecado y qué no lo es, porque a medida que evoluciona la sociedad humana, la humanidad redefine lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, según le convenga. Cualquier doctrina que enseñe que algo es pecado para mí, pero no para ti —como si el Espíritu Santo personalizara el pecado para cada creyente— probablemente sea uno de los principales responsables del colapso de la moral sexual, porque convierte la definición del pecado en un blanco móvil. El Señor, no sus seguidores, define el pecado; esa definición no ha cambiado, no cambia ni cambiará jamás. Nuestra fuente autorizada y amplia para definir el pecado es la Torá.

En relación con nuestra lección de Hechos 19, leemos que, cuando Pablo explicó a los efesios que, aunque se habían arrepentido de sus pecados y lo habían manifestado públicamente mediante la inmersión, no habían recibido el Espíritu Santo porque no habían sido sumergidos en Cristo, ellos comprendieron rápidamente la deficiencia y Pablo los sumergió en Yeshúa. La evidencia de su arrepentimiento sincero y de su confianza en Yeshúa fue la manifestación visible del Espíritu Santo sobre ellos.

Volvamos a leer una parte de Hechos 19.

VOLVER A LEER HECHOS 19:8 HASTA EL FINAL

A Pablo se le concedió un período relativamente largo (tres meses) para persuadir a los miembros de esta sinagoga de Éfeso antes de que comenzara un patrón de acontecimientos demasiado familiar. En Tesalónica solo tuvo tres semanas antes de que empezaran los problemas. Muchos creyeron a Pablo, pero muchos más endurecieron su corazón contra el mensaje del evangelio. Cuando sucedió, Pablo tomó la decisión audaz no solo de abandonar esa sinagoga, sino también de llevarse a varios miembros que confiaban en Yeshúa. En esencia, trasladó su nueva congregación a un edificio justo al lado de la sinagoga. No estoy seguro de que fuera prudente, aunque imagino que la disponibilidad del lugar tuvo algo que ver.

Al parecer, el edificio era algún tipo de escuela o sala de conferencias propiedad de un hombre llamado Tirano; no sabemos si era gentil o judío. Por eso considero muy especulativo que nuestra CJB llame a ese lugar una **yeshivá** (una **yeshivá** es, esencialmente, una escuela religiosa judía que suele preparar a los rabinos). Aun así, Pablo pasó allí dos años enseñando y predicando. Que Pablo permaneciera en Éfeso más de dos años no significa que la evangelización en otros lugares se detuviera; en capítulos anteriores aprendimos que otros creyentes recorrían distintos lugares anunciando el evangelio, y aparentemente no todo lo que enseñaban era necesariamente completo o correcto.

Los versículos 11 y 12 nos cuentan algo que no solo es difícil de entender, sino aún más difícil de aceptar para los creyentes modernos. Parece que llevaban a los enfermos objetos de tela comunes que Pablo había tocado y que estos quedaban sanos. En algunos casos, bastaban para expulsar demonios. ¿Qué debemos pensar de esto?

Primero, recordemos un principio de Dios que aprendimos en la Torá: la pureza y la impureza rituales son contagiosas. Incluso la santidad puede transmitirse de persona a persona, de una persona a un objeto y de un objeto a otro. Encontramos algo parecido en el caso de Yeshúa.

MATEO 9:20-22, CJB

20 Una mujer que llevaba doce años padeciendo hemorragias se acercó a él por detrás y tocó los tzitzit de su manto. 21 Porque se decía: «Si tan solo puedo tocar su manto, sanaré». 22 Yeshúa se

volvió, la vio y le dijo: «¡Ánimo, hija! Tu confianza te ha sanado». Y quedó sana al instante.

También leemos acerca de esta extraña secuencia de acontecimientos en 2 Reyes.

2 REYES 4:29-34, CJB

29 Entonces Eliseo dijo a Guejazí: «Prepárate para partir, toma mi bastón en la mano y ponte en camino. Si encuentras a alguien, no lo saludes; y si alguien te saluda, no le respondas. Coloca mi bastón sobre el rostro del niño».

30 La madre del niño dijo: «Tan cierto como que ADONAI vive y como que tú vives, no te dejaré». Entonces él se levantó y la siguió.

31 Guejazí se adelantó, colocó el bastón sobre el rostro del niño, pero no hubo sonido ni señal de vida. Así que regresó a Eliseo y le dijo: «El niño no despertó».

32 Cuando Eliseo llegó a la casa, allí estaba el niño, muerto y acostado sobre la cama.

33 Entró, cerró la puerta detrás de los dos y oró a ADONAI.

34 Luego subió a la cama y se acostó sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos y sus manos sobre sus manos. Mientras se tendía sobre él, la carne del niño comenzó a calentarse.

Entre los judíos existía la creencia de que los objetos tocados por un hombre santo podían quedar impregnados de su poder sanador y transmitirlo a otros. Parte de esta creencia era pura superstición, pero otra parte se basaba en hechos y provenía de la Torá. Además, Lucas insiste en que esto realmente sucedió: Pablo entró en contacto con una tela y alguien la utilizó para sanar… ¡y funcionó! No se trató de una interpretación equivocada de los acontecimientos. En todos los casos, era Dios quien realizaba las sanidades milagrosas, no los seres humanos ni los objetos. Desde una perspectiva humana, Dios actuaba dentro de una

cultura que esperaba que ese poder sobrenatural se manifestara de determinadas maneras. El propósito de esos milagros era enseñar a las personas y convencerlas del poder y la presencia de Dios. En Occidente solemos desconfiar de cualquier posible milagro que se salga de lo habitual según nuestra cultura. Pero, cuando Dios actúa en África, en las selvas sudamericanas o en cualquier lugar no occidental, ¿por qué no habría de actuar dentro de la perspectiva cultural de esas personas para que puedan comprender de verdad?

Curiosamente, Lucas habla después de unos exorcistas judíos. Sin duda, el relato sirve para contrastar lo que ellos hicieron con lo que hizo Pablo. Al parecer, tanto ellos como el público consideraban que lo que hacían esos siete exorcistas era esencialmente lo mismo que hacía Pablo. En la cultura de Éfeso, llena de magia y hechicería, muchos seguramente veían a Pablo como un exorcista. Así que presenciamos una especie de rivalidad unilateral. Pablo sanaba y expulsaba demonios, algo que los siete hijos de Esceva hacían profesionalmente y que les proporcionaba buenos ingresos. No podían ignorar a la competencia. Antes de hablar de esto, aclaremos algo: muchas Biblias dicen que el padre de estos siete exorcistas era sumo sacerdote judío, pero eso es incorrecto. La palabra griega es **archiereus** y significa más bien SACERDOTE PRINCIPAL, en lugar de SUMO SACERDOTE. Por tanto, Esceva, este judío, fuera sacerdote de lo que fuera, pertenecía a los niveles superiores del sacerdocio; el texto no se refiere al sumo sacerdote hebreo que servía en el Templo de Jerusalén, ni probablemente a uno de los sacerdotes comunes de mayor rango. Esto se confirma porque aparentemente era un personaje local y no hay posibilidad de que un sumo sacerdote del Templo de Jerusalén viviera tan lejos, en Éfeso.

Ahora comienza lo interesante. Estos siete exorcistas judíos habían estado observando y vieron que el nombre que Pablo invocaba para sanar y expulsar demonios era Yeshúa. No eran orgullosos: si funcionaba, había que usarlo. En el exorcismo, el uso correcto de un nombre poderoso es vital; se considera tanto el poder que expulsa a los demonios como una manera de descubrir el nombre del demonio que habita en su huésped. Pero cuando invocaron el nombre de Yeshúa para expulsar un demonio, este no quedó impresionado. El demonio reconoce que conocía a Yeshúa y a Pablo, e insinúa que habría obedecido si Pablo le hubiera ordenado

salir. Pero no tenía idea de quiénes eran esos siete, así que no tenía intención de obedecerles solo porque pronunciaran el mismo nombre.

En realidad, ni el nombre de Yeshúa ni el de Pablo se invocaron con autoridad sobre la persona poseída. En cambio, el hombre dominado por el demonio se abalanzó sobre los exorcistas desprevenidos y los golpeó brutalmente. Incluso les arrancó la ropa, lo que les habría causado una gran vergüenza. Detengámonos un momento. Para entonces, un gran sincretismo se había infiltrado en la vida religiosa de los judíos de la diáspora: mucho misticismo pagano y magia habían penetrado prácticas de la Torá que, de otro modo, eran santas y puras. ¿Por qué? Por lo general, porque resultaba rentable o conveniente de alguna manera.

Hay abundantes pruebas de hasta qué punto el judaísmo se había impregnado de paganismo si observamos los sarcófagos de muchos rabinos venerables enterrados en un sistema de cuevas funerarias en un lugar de Israel llamado Beit Shearim (he llevado allí a muchas personas). Sus tumbas están decoradas no solo con menorás, sino también con símbolos ocultistas. ¿Cómo ocurrió? Fue otro resultado devastador del exilio babilónico. Aproximadamente el 95 % de los judíos que fueron exiliados a Babilonia decidió por voluntad propia NO regresar a la Tierra Santa, sino continuar su vida en el mundo gentil. Para entonces habían pasado cinco siglos desde que el rey persa Ciro liberó a los judíos; su población había aumentado considerablemente, se habían dispersado por toda Asia para ganarse la vida y muchos habían alcanzado prosperidad y estatus. Les gustaba vivir entre gentiles y disfrutar de los beneficios que eso les ofrecía. Pero el precio fue mucho más alto de lo que jamás imaginarían. Si iban a vivir entre gentiles y beneficiarse económicamente, el compromiso era esencial. Muchos judíos se negaron a transigir, pero muchos más lo aceptaron. Esceva y sus siete hijos exorcistas judíos son un ejemplo de este sincretismo y de la mezcla de identidades judías y gentiles. Uno de sus grandes compromisos fue adoptar —o al menos tolerar abiertamente— la moral, la ética y las prácticas religiosas de sus vecinos gentiles. Estas prácticas inevitablemente incluían la hechicería. **No** hacerlo habría hecho que los gentiles consideraran a los judíos distantes y poco amistosos. ¿Quién querría relacionarse con alguien así?

Había grupos de judíos más piadosos en todos los numerosos asentamientos judíos, pero eran solo minorías. La mayoría eligió el camino más fácil y práctico. Con el tiempo, la diferencia entre la vida judía y la gentil se redujo, porque diferenciarse demasiado interfería con la corrección política y la aceptación social. No seguiré desarrollando esta idea, porque para comprenderla basta con mirar a nuestro alrededor hoy. El cristianismo y grandes sectores del judaísmo han decidido que comprometerse con el mundo es mejor que mantenerse separados de él, evitando así los abusos, el desprecio y las desventajas económicas que suelen acompañar a quienes son diferentes y no toleran el pecado y la inmoralidad. La propia Iglesia está llena de símbolos paganos que ha tomado y cristianizado; los dos días más sagrados del año para los cristianos fueron originalmente festividades paganas, y muchos de los símbolos e íconos que siguen siendo el centro de esas celebraciones son los mismos que usaban los paganos antes de que esas fechas fueran adoptadas y recibieran nuevos nombres.

Los supersticiosos efesios quedaron muy impresionados con Pablo y también con la violenta reacción del demonio contra aquellos siete exorcistas, todo por el nombre de Yeshúa. Esto llamó la atención de judíos y griegos, que comenzaron a venerar el santo nombre de nuestro Salvador, aunque lamentablemente no siempre por las razones correctas. Lo que sucede a partir del versículo 18 es impresionante: comienza a extenderse un temor reverente hacia Yeshúa. Por fin, el estilo de vida empieza a cambiar para corresponderse con la profesión de fe en el Mesías. Al parecer, Dios tuvo que recurrir a estas extrañas sanidades por medio de objetos que Pablo había tocado, junto con la escena cómicamente aterradora de los siete exorcistas judíos despedazados por un demonio nada impresionado, para dejar claro que su Hijo Yeshúa era poderoso, que estaba presente y que nadie podía igualarlo. Después de presenciar estos acontecimientos, los creyentes locales acudieron, confesaron sus pecados y se arrepintieron. Llegaron incluso a tomar sus valiosos libros de magia ocultista —un artículo costoso y habitual en los hogares de Éfeso—, amontonarlos y quemarlos. Así declaraban públicamente que renunciaban a la hechicería. Aunque estos creyentes eran seguidores sinceros de Yeshúa, hasta donde sabemos, probablemente eran lo que hoy llamaríamos cristianos recién convertidos. Hasta ese momento no habían relacionado la fe en Cristo con el

mandamiento de Dios de no participar en la hechicería, porque en Éfeso esta era tan normal en la vida cotidiana como detenerse a comprar gasolina lo es para nosotros. No todos habrían apreciado semejante demostración, porque estos creyentes estaban renunciando de manera contundente al estilo de vida aceptado por la mayoría de los habitantes de Éfeso. Se nos dice que el valor de aquellos libros ascendía a 50.000 dracmas. Para tener una idea de esa cantidad, una dracma solía equivaler al salario de un día de trabajo.

Como resultado de toda esta agitación, atención y dramatismo, y en contra de lo que uno podría esperar, el evangelio comenzó a difundirse con aún más poder. Lo he dicho antes, y me temo que no es una idea demasiado reconfortante: el evangelio de Cristo nunca es más eficaz ni se propaga con mayor rapidez que cuando el Cuerpo de creyentes atraviesa tribulación.

Continuaremos con Hechos, capítulo 19, la próxima vez.